

Capítulo segundo

La gran competición estratégica del siglo XXI y el vínculo trasatlántico

Luis Simón

Resumen

En la cumbre de jefes de Estado y de gobierno OTAN celebrada en Bruselas en junio de 2021, los países aliados encargaron al secretario general de la Alianza (Jens Stoltenberg) que comenzase la elaboración de un nuevo concepto estratégico, que deberá ser aprobado en la próxima cumbre de la OTAN en Madrid en junio de 2022. Después del Tratado de Washington, el concepto estratégico es el documento político más importante para la OTAN; esboza una visión político-estratégica que debe prefigurar las acciones de la Alianza durante aproximadamente una década (que ha sido la media de vida de estos documentos desde el final de la Guerra Fría). El futuro concepto estratégico deberá, por un lado, tener en cuenta el proceso de adaptación que ha experimentado la OTAN en los últimos años y, por otro lado, anticipar desafíos futuros y articular una visión que mire hacia delante. Tiene por tanto una nueva vertiente de codificar prácticas recientes y anticiparse a retos futuros.

El principal reto de la cumbre y el concepto estratégico de Madrid será sin duda reforzar y adaptar el vínculo transatlántico a una era marcada por el retorno de la competición estratégica entre

grandes potencias, tal y como afirmaron los líderes aliados en su cumbre de 2021 en Bruselas, y tal y como expresa el *Informe OTAN 2030*, encargado por el secretario general a un grupo de expertos¹. En concreto, la OTAN identifica a Rusia y a China como sus principales *competidores estratégicos*, y en última instancia, como los principales desafíos para la comunidad transatlántica (un referente más amplio del cual la OTAN es parte indispensable, e incluso aspira a representar, pero que desborda a la propia Alianza).

Este capítulo analiza el nexo entre el vínculo transatlántico y la competición estratégica. La primera parte comienza con unas consideraciones generales sobre el vínculo transatlántico y su relevancia en el marco del debate sobre el concepto estratégico de Madrid. Seguidamente se analiza el concepto de *competición estratégica* y se examinan los desafíos que China y Rusia plantean para la OTAN. Finalmente, se concluye con unas observaciones sobre la importancia del refuerzo del vínculo transatlántico en un entorno internacional crecientemente competitivo.

Palabras clave

Seguridad, vínculo, competición, desafíos, sistémico, prioridad, brújula.

¹ Véase NATO. (14 June 2021). Brussels Summit Communiqué. Issued by the Heads of State and Government Participating in the meeting of the North Atlantic Council in Brussels. Disponible en: https://www.nato.int/cps/en/natohq/news_185000.htm ; NATO 2030: United for a New Era. (25 November 2020). Analysis and Recommendations of the Reflection Group Appointed by the NATO Secretary General. Disponible en: https://www.nato.int/nato_static_fl2014/assets/pdf/2020/12/pdf/201201-Reflection-Group-Final-Report-Uni.pdf

El vínculo trasatlántico y el concepto estratégico de Madrid

Las referencias a la importancia del vínculo trasatlántico y a la naturaleza política de la OTAN suelen hacer las veces de prólogo cada vez que la Alianza elabora un nuevo concepto estratégico. Dicho esto, hay una serie de factores que resaltan más si cabe la importancia de reforzar el vínculo trasatlántico y la idea de la OTAN como comunidad política de cara a la cumbre y al concepto estratégico de Madrid.

En una primera instancia, fueron las dudas sobre la cohesión trasatlántica las que llevaron al secretario general Jens Stoltenberg a impulsar una nueva reflexión estratégica. En concreto, la llegada de Donald Trump a la presidencia de EE. UU. en enero de 2017, sus inusualmente explícitas críticas a la OTAN y a los países europeos, y su fijación con China, suscitaron importantes dudas entre los aliados europeos respecto al compromiso estadounidense con la defensa del viejo continente. Esto, a su vez, contribuyó a impulsar la agenda de *autonomía estratégica* en el marco de la Unión Europea (UE), lo cual alimentó todo tipo de especulaciones sobre la compatibilidad entre la Europa de la defensa y la OTAN.

En este contexto de incertidumbre política, en la reunión de líderes OTAN en Londres de diciembre de 2019, el SG Jens Stoltenberg recibió el mandato de iniciar un proceso de reflexión para reforzar la dimensión política de la Alianza, que entroncó con el proceso OTAN 2030 (una iniciativa que tiene como objetivo esbozar una serie de recomendaciones para adaptar la Alianza a un entorno internacional crecientemente competitivo) y debe desembocar en el concepto estratégico de Madrid².

No cabe duda de que la elección de un presidente de corte atlantista en EE. UU. en noviembre de 2020 ha contribuido a paliar dudas sobre el compromiso estadounidense con la defensa de Europa³. De hecho, hemos asistido recientemente a cierta rebaja de la retórica autonomista de la UE en el ámbito de la seguridad y defensa. Dicho esto, en ciertos círculos europeos sigue apelándose a la experiencia reciente de la administración Trump para esgrimir el argumento de que EE. UU. puede volver a elegir a un presidente desinteresado en Europa y en la OTAN, y

² Arteaga, F. y Simón, L. (2021). La OTAN se actualiza: el concepto estratégico de Madrid». *ARI* 106. Real Instituto Elcano.

³ García Encina, C. y Simón, L. (2021). Biden y el futuro de las relaciones transatlánticas. *ARI* 48. Real Instituto Elcano.

recordar que la mejor forma de prepararse ante esa eventualidad es desarrollar una capacidad de defensa europea autónoma de EE. UU., preferiblemente en el ámbito de la UE⁴.

Más allá de esto, hay factores de índole más estructural que podrían socavar la cohesión transatlántica, entre los que cabría resaltar la creciente priorización de China y Asia por parte de EE. UU. y la erosión de la democracia y el Estado de derecho en varios países occidentales (tema especialmente importante para la administración Biden). El espectro de un desacoplamiento de prioridades estratégicas entre EE. UU. y Europa, y el auge de fuerzas antiliberales y antidemocráticas dentro de los parlamentos de los propios países de la OTAN, apunta a la existencia de grietas dentro de la comunidad transatlántica, lo que facilitaría cualquier intento por parte de competidores externos de socavar su cohesión política. Esto haría patente la necesidad de reafirmar el componente y la unidad política de la comunidad transatlántica, lo cual cobra especial importancia en un contexto de creciente competición estratégica.

La competición estratégica y el concepto estratégico de Madrid

El actual concepto estratégico de la OTAN, adoptado en Lisboa en 2010, busca un equilibrio entre las tres tareas principales de la Alianza: la defensa colectiva, la seguridad cooperativa y la gestión de crisis. El concepto de Lisboa recoge la experiencia de la OTAN durante la posguerra fría, un periodo histórico caracterizado por la hegemonía política y supremacía tecnológico-militar de Occidente, y la aparente ausencia de rivales pares.

El concepto estratégico de Lisboa se inspira en buena medida en su predecesor (aprobado en Washington en 1999) y representa una suerte de cristalización de la experiencia de la OTAN en la posguerra fría: un periodo único, caracterizado por la unipolaridad política, la supremacía tecnológico-militar occidental y la aparente ausencia de rivales o competidores pares. Durante este periodo de larga posguerra fría, que podríamos situar entre principios de los años 1990 y mediados de la pasada década, la defensa colectiva y la disuasión (que habían monopolizado la atención de la OTAN durante la Guerra Fría) se dan por descontadas, y mantienen un papel secundario. Por otro lado, la seguridad

⁴ Véase, por ejemplo, Alcaro, R. y Tocci, N. (July 2021). *Seizing the Moment: European Strategic autonomy and the Biden Presidency*. *IAI Commentaries* 37.

cooperativa y la gestión de crisis acaparan buena parte de la atención de la OTAN.

Sin embargo, tras el largo hiato de la posguerra fría, la competición estratégica entre grandes potencias ha vuelto a convertirse en la principal preocupación para la OTAN. Este hecho empieza a ponerse de manifiesto tras la anexión rusa de Crimea en 2014, que muestra la voluntad de Moscú de revisar la arquitectura de seguridad y geopolítica europea, tal y como también ilustra la reciente crisis en Ucrania. Pero también, quizás de forma más significativa, por el auge estratégico y la creciente asertividad china, tanto en Asia Oriental como más allá. Los competidores pares vuelven a desafiar los equilibrios de poder en Europa y Asia Oriental, así como la infraestructura institucional y normativa que sostiene el orden liberal internacional abierto. Este es el mensaje central del informe OTAN 2030, recogido también en los documentos de seguridad nacional de las administraciones Trump y Biden y avalado por los líderes OTAN en su última Cumbre de Bruselas de 2021⁵.

¿Qué es la competición estratégica?

Es importante señalar que si bien la *competición estratégica* se ha convertido en una referencia indispensable para la OTAN recientemente, la propia Alianza no ofrece una definición clara de este concepto, en torno al cual no hay consenso.

La expresión *competición estratégica*, recogida en las estrategias de seguridad nacional (2017) y de defensa nacional de Trump (2018), y en la guía estratégica interina de seguridad nacional de Biden (2021), tiene un largo recorrido en EE. UU. Según el Pentágono, la *competición* se encuentra en un punto intermedio entre el conflicto y la cooperación, y presupone la presencia de ambos elementos. Se presupone además que la competición es en cierta medida inevitable, si bien sus efectos pueden mitigarse parcialmente por tratados de control de armamento o por la diplomacia⁶.

⁵ The White House, National Security Strategy of the United States of America. (December 2017). Disponible en: <https://trumpwhitehouse.archives.gov/wp-content/uploads/2017/12/NSS-Final-12-18-2017-0905.pdf> ; The White House, Interim National Security Strategic Guidance. (March 2021). Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2021/03/NSC-1v2.pdf>

⁶ Para un análisis en profundidad del concepto competición estratégica tal y como se ha desarrollado en el Pentágono, y su genealogía, véase Mahnken, T. G. (2012). *Competitive Strategies for the 21st Century: Theory, History, and Practice*. Stanford, CA, Stanford University Press.

La competición es en última instancia de naturaleza político-estratégica, lo cual implica a todos los instrumentos del poder, si bien el ámbito militar cobraría especial importancia⁷. Además, los aspectos militares de la competición no se limitarían a los aspectos operativos de la defensa o la disuasión sino que incluirían también elementos como el desarrollo de capacidades, tecnología y proyección industrial, lo cual pone el énfasis sobre el largo plazo. En este mismo sentido, la propia OTAN ha resaltado la importancia de las llamadas amenazas híbridas en el contexto de la competición estratégica con Rusia (sobre todo) y con China, así como la importancia de la innovación tecnológico-militar⁸.

Más allá de que en el Pentágono exista una doctrina elaborada sobre lo que es la competición, distintas administraciones estadounidenses han abordado la competición de forma distinta, priorizando distintos ámbitos (ej. economía vs. militar), poniendo más o menos énfasis en la cooperación o el conflicto, y dando mayor o menor importancia al papel de los aliados. Para Trump, por ejemplo, el componente de conflicto y rivalidad prácticamente dominaban su enfoque hacia la competición con China, que afrontó de forma unilateral y centrándose principalmente en el ámbito comercial y económico. Biden, por su parte, si bien ha aludido a una supuesta *competición extrema* con China, ha hecho un esfuerzo por identificar espacios de cooperación con Pequín (como la lucha contra el cambio climático) y ha resaltado la importancia de los aliados a la hora de lidiar con el desafío chino. Por otro lado, tanto Trump como Biden reconocieron a Rusia como un *competidor estratégico*, si bien de carácter menos sistémico, ya que entendían el desafío ruso como algo circunscrito principalmente al ámbito militar y al teatro europeo.

La UE (y la mayoría de países europeos) parece haber abrazado una lógica similar a la administración Biden en relación con China, a la que se tilda de *competidor, socio y rival* al mismo tiempo: competidor en el ámbito tecnológico y económico, socio a la hora de afrontar desafíos globales (resaltando el ámbito climático) y rival sistémico en tanto que promotor de unas reglas y normas internacionales que chocan con los valores europeos. Por otro lado, la relación entre la UE y Rusia se ha venido deteriorando significativamente en los últimos años, especialmente tras la crisis de Ucrania a finales de 2021 y principios de 2022.

⁷ Marshall, A. W. (April 1972). Long-Term Competition with the Soviets: A Framework for Strategic Analysis. *RAND Corporation R-862-PR*. Declassified 30 March 2010.

⁸ NATO. Brussels Summit Communiqué.

Dicho esto, la UE sigue resaltando la importancia de mantener el diálogo con Rusia, y su interdependencia en el ámbito económico y energético.

Si bien la OTAN ha identificado claramente a China y a Rusia como *competidores estratégicos*, se esfuerza también por resaltar las posibilidades de cooperación con ambos en ciertos ámbitos. Así, por ejemplo, el secretario general de la Alianza Jens Stoltenberg ha insistido en que China no es un *adversario*⁹. Sin embargo, en contraste con EE. UU. y la UE (que disponen de diversos instrumentos, incluidos económicos), la limitación de la OTAN al ámbito militar acota sus posibilidades de cooperación con China más allá de ámbitos muy concretos como el control de armamentos. Con respecto a Rusia, la Alianza mantiene abierto un proceso de diálogo diplomático (a través del Consejo OTAN-Rusia) y además le ha extendido una oferta de cooperación en materia de desarme a raíz de la actual crisis en Ucrania. Dicho esto, el componente de conflicto domina en la actualidad la relación, y la crisis de Ucrania ha puesto la disuasión de Rusia en el centro de la agenda de la Alianza. Cabe en cualquier caso ahondar en las diferencias entre China y Rusia en tanto que *competidores estratégicos* para la OTAN.

China como competidor sistémico

China es, según la administración Biden, el «único competidor potencialmente capaz de plantear un desafío sostenido en el tiempo a un orden internacional estable y abierto». Es así mismo la principal prioridad estratégica de EE. UU., pero también un creciente foco de interés estratégico para los aliados europeos y para la propia UE, sobre todo en tanto que potencial desafío a un orden internacional abierto. China es, por tanto, seguramente el principal desafío sistémico para la comunidad transatlántica ampliamente concebida. De hecho, China se ha convertido en un punto clave en el diálogo EE. UU.-UE en materia de comercio y tecnología, importante vector de la relación transatlántica¹⁰.

En tanto que baluarte y punto de referencia de la comunidad transatlántica, la OTAN ha tomado nota del desafío que supone el auge estratégico de China, y ha abierto un intenso debate sobre

⁹ Stoltenberg, J. (15 de marzo de 2021). China no comparte nuestros valores pero no es un adversario. Entrevista en *El Mundo*.

¹⁰ García Encina, C. y Simón, L. Biden y el futuro de las relaciones transatlánticas.

cómo aportar valor en ese contexto¹¹. China irrumpe por primera vez en la agenda de la Alianza en la Cumbre de Londres de 2019 y su espacio no ha hecho sino crecer desde entonces. Dicho esto, el hecho de que el desafío militar representado por China en la región euroatlántica sea relativamente limitado, y las reservas de algunos aliados, establecen límites al papel de la OTAN en relación con China.

El *Informe OTAN 2030* recoge una de las reflexiones más elaboradas sobre lo que el auge de China puede significar para la OTAN. El punto de partida es que, si bien el auge de China es un fenómeno de carácter sistémico cuyas implicaciones transpirarán en relación con múltiples regiones y desafíos, la OTAN debe centrarse en aquellos aspectos relacionados con China que puedan afectar a la seguridad militar en la región Euroatlántica. Esta suerte de principio articula cualquier debate sobre China en la OTAN, y además marca unos claros límites a la acción de la Alianza en la región Asia-Pacífico o Indo-Pacífico. Pero refleja en última instancia el consenso político dentro de la OTAN. Cualquier idea que aborde el tema del papel de la OTAN en relación con China debe respetar dicho principio. Dicho esto, el diablo está en los detalles, ya que, la respuesta a la pregunta de *¿cómo el auge de China afecta la seguridad Euroatlántica?* puede ser más o menos creativa o expansiva. En concreto, el propio *Informe 2030* identifica dos puntos de entrada en relación con China, ambos relacionados con la disuasión y la defensa colectiva.

El primero guarda relación con el alcance global de las capacidades militares chinas, es decir, aquellas capacidades cuyo potencial no está geográficamente delimitado ni necesariamente circunscrito a Asia o al espacio Indo-Pacífico. Eso incluye las capacidades chinas en ámbitos como el espacio o el ciberespacio, pero también misiles de alcance intercontinental. Los avances de China en estos ámbitos son sin duda de interés para la OTAN, independientemente de las intenciones de Pequín. Después de todo, las intenciones de un Estado pueden cambiar de un día para otro, y el mero hecho de que China tenga la capacidad de amenazar la seguridad Euroatlántica de forma directa supone un desafío en sí mismo. En este sentido, conviene señalar que el Tratado de Washington no solo compromete a EE. UU. y Canadá

¹¹ Véase, por ejemplo, Heisbourg, F. (2020). NATO 4.0: The Atlantic Alliance and the Rise of China. *Survival*, 62:2, pp. 83-102; Bloch, A. y Goldgeier, J. (October 2021). Finding the right role for NATO in addressing China and Climate Change. The Brookings Institution.

con la defensa de Europa, sino que también compromete a los aliados europeos a la defensa de Norte América.

En concreto, muchas de las capacidades militares chinas están dirigidas a EE. UU., con quien Pequín anda inmerso en un proceso de competición militar directa en Asia oriental. Dicho proceso podría desembocar en contingencias que lleven a EE. UU. a invocar el artículo 4 del Tratado de Washington (que confiere a cualquier aliado el derecho de activar un proceso de consultas OTAN en cualquier momento en que crea que su integridad territorial, independencia política o seguridad se vea amenazada) o incluso el artículo 5 (que obliga a la OTAN a asistir a cualquier aliado que sufra un ataque en su territorio). Es cierto que el Tratado de Washington circunscribe su cobertura a ataques contra los aliados en Europa o América del Norte, una exigencia históricamente vinculada al deseo de EE. UU. de evitar comprometerse en la defensa de aventuras de países europeos en sus (antiguas) colonias; y que ahora serviría para que los europeos pudiesen desvincularse de aventuras estadounidenses más allá de la región Euroatlántica. Dicho esto, EE. UU. tiene obligaciones legales de defensa en el marco de sus alianzas en Asia, de las cuales sus aliados europeos son plenamente conscientes. ¿Qué ocurriría si, en el marco de dichas obligaciones, EE. UU. sufriese un ataque en su territorio o la amenaza de un ataque a su territorio? ¿En qué medida generaría esto una expectativa de que la OTAN respondiese a dicho ataque hipotético, o incluso contribuyese a disuadirlo? Este debate no se limita al plano teórico, ya que la disuasión tiene implicaciones en el ámbito de la planificación de capacidades, estructura de fuerza y postura de fuerza. En última instancia, dicho debate es de naturaleza política, y el actual contexto de crisis de seguridad en Europa hace que los propios EE. UU. esperen de los aliados europeos que se centren en dicho teatro. Sin embargo, una escalada de tensiones en Asia (no digamos ya una guerra) a buen seguro generaría demandas por parte de EE. UU. a la OTAN de todo tipo de apoyo técnico, logístico e incluso operativo.

El segundo punto de entrada está relacionado con las actividades de China en la región Euroatlántica y sus alrededores. Si bien dichas actividades no presentan necesariamente una amenaza a la disuasión (principal cometido de la OTAN), pueden aun así afectar a la Alianza de forma indirecta. En este sentido, el *Informe OTAN 2030* cita la adquisición China de importantes nodos de infraestructura en Europa, tanto digital (ej. redes de 5G en países aliados y socios) como física (puertos, aeropuertos, etc.).

Esto podría afectar a la interoperabilidad y preparación de las fuerzas armadas OTAN, cuyos despliegues, movimientos y comunicaciones dependen del uso seguro de la infraestructura física y digital en Europa, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra. Por ello, el *Informe OTAN 2030* alerta sobre la importancia de monitorear las inversiones chinas y tener en cuenta sus posibles implicaciones en el ámbito de la seguridad. Otro asunto relevante, también destacado en el *Informe OTAN 2030*, está relacionado con los ejercicios militares de China con Rusia, y la presencia intermitente de las fuerzas armadas de la República Popular China en los mares mediterráneo y báltico. Si bien dichos ejercicios no tienen necesariamente a la OTAN como destinatario (algo que en cualquier caso es cuestionable), sí que contribuyen a reforzar las capacidades rusas. En todo caso, cualquier actividad que tenga lugar en el área de responsabilidad militar de la OTAN puede afectar a la disuasión y debe ser monitoreado.

A los dos puntos de arriba convendría seguramente añadir las transferencias de armamento chino no solo a Rusia sino también Oriente Medio y África, así como las adquisiciones de infraestructura chinas en África y Oriente Medio, que no tienen por qué afectar directamente a la disuasión en la región Euroatlántica pero representan sin duda un desafío estratégico a largo plazo para Europa.

Rusia: la prioridad de la OTAN

Si bien Rusia puede no representar un desafío tan sistémico para la comunidad internacional como China, sin duda constituye una amenaza mucho más directa para la arquitectura de seguridad Euroatlántica, que es el principal cometido directo de la OTAN. Tras la anexión militar rusa de la península de Crimea en 2014, la Alianza se lanzó a un proceso importante de adaptación política y militar, capitaneado por las cumbres de Gales (2014) y Varsovia (2016). Este proceso ha vuelto a situar a la defensa colectiva —y a la disuasión— en el centro de la agenda OTAN y de la seguridad europea en general. La crisis en Ucrania no ha hecho sino resaltar este hecho, al poner de manifiesto que la principal amenaza externa a la arquitectura de seguridad y geopolítica euroatlántica viene del revisionismo ruso en Europa del Este.

Si bien Biden ha advertido de que no enviaría tropas unilateralmente para defender a Ucrania ante una posible invasión rusa, EE. UU. ha redoblado sus esfuerzos en materia de suministro de

armas a Kiev y ha avisado al Kremlin de que una acción militar no solo acarrearía nuevas sanciones diplomáticas y económicas, sino que además llevaría a EE. UU. a reforzar su presencia militar en Polonia, Rumanía y otros países aliados del Este, cada vez más alarmados por el revisionismo ruso. Otros aliados (entre ellos Reino Unido, Holanda, España o Francia), han anunciado también despliegues militares adicionales en Rumanía, Bulgaria y el mar Negro¹². Además, Reino Unido, Polonia y Ucrania están negociando un partenariado trilateral de seguridad.

Por otra parte, tanto EE. UU. como la OTAN han tendido la mano a Rusia insistiendo en la importancia de una salida a la crisis basada en el diálogo y la diplomacia, llegando a poner sobre la mesa una oferta de negociación a Rusia en materia de desarme. La esperanza es que esta *estrategia de palo y zanahoria* (basada, por un lado, en la amenaza de sanciones y despliegues militares aliados en Europa del Este y, por otro lado, en el diálogo y la distensión) disuada a Putin de intervenir militarmente en Ucrania.

A expensas de cómo evolucionen los acontecimientos en Ucrania, existe el riesgo de que la cuestión de cómo lidiar con la renovada amenaza rusa en Europa del este, acabe copando la agenda de la OTAN, y comprometa parcialmente la ambición de la Alianza de centrarse en la competición estratégica en términos más amplios. En contraste con China, que presenta un desafío más transversal e indirecto, el revisionismo ruso en Europa del Este presenta un importante componente militar y de amenaza directa, resaltando así el valor añadido de la OTAN como institución (respecto a otros referentes, incluida la propia UE), tanto de cara a los aliados europeos como a ojos de EE. UU. Esto hace que seguramente la cuestión de cómo reforzar la disuasión frente a posibles agresiones rusas en Europa del Este se convierta seguramente en la principal prioridad estratégica de la OTAN, sobre todo a raíz de la actual crisis en Ucrania.

El vínculo transatlántico como brújula para navegar la competición estratégica

Dicho esto, la Alianza Atlántica no querrá comprometer una agenda más amplia, que incluye la necesidad de lidiar con el desafío

¹² Véase, por ejemplo, España enviará en febrero cuatro cazas a Bulgaria para reforzar la disuasión de la OTAN. (23 de enero de 2022). *El País*; Netherlands to deploy F35s to Bulgaria for air policing. (20 January 2022). *Aviation Week*.

estratégico chino, pero también con la inestabilidad en el vecindario sur, la lucha contra el terrorismo o el nexo clima-seguridad. De hecho, el énfasis actual en la «competición estratégica» posiblemente incentive a la OTAN a mirar a otros desafíos (¿de segundo orden?) desde dicha lente. Cabría resaltar en este sentido la creciente presencia de Rusia y China en otras regiones de interés para la OTAN y la comunidad transatlántica en general (como por ejemplo, Oriente Medio, África o América Latina), la necesidad de reforzar el vínculo entre dichas regiones y Occidente en un contexto de competición estratégica, y el posible papel de la OTAN a ese respecto.

En una coyuntura internacional crecientemente competitiva, en la que los principales competidores de la OTAN buscan consolidar su influencia en Europa y Asia, pero también más allá, y en el que la región Euro-atlántica pierde su otrora centralidad, se hace patente la necesidad de reforzar y reimaginar el vínculo transatlántico, enfatizando su componente político y dándole un corte más global.

En concreto, cobra relevancia la idea de una comunidad transatlántica o un Occidente político ampliamente concebido, que apele a los vínculos con regiones como África y América Latina (dos continentes bañados por el Atlántico y con una experiencia común a los países euro-atlánticos), sobre todo teniendo en cuenta la presencia de competidores estratégicos en dichas regiones. La defensa de la democracia y la necesidad de hacer frente al avance ruso y chino en América Latina y África (que, en cierta medida constituyen una suerte de retaguardia geopolítica de América del Norte y Europa respectivamente) resaltaría la importancia de este hecho. En este sentido, la OTAN prestaría mayor atención a la necesidad de reforzar los vínculos con las regiones que constituyen la *retaguardia geopolítica* de Europa y América del Norte (Europa del Este, África y América Central y del Sur) pero también con democracias como Japón, Australia, India o Corea del Sur.